

La generación del 27 e Hispanoamérica

Tema caudaloso este de las relaciones entre la generación del 27 e Hispanoamérica. Lanzado de pronto sobre él con el propósito de hilvanar los apuntes que ahora les confío, he creído necesario retroceder unos cuantos años en busca de un polémico suceso sin cuya puesta en escena tales relaciones parecerían súbitas y enteramente anecdóticas. El suceso al que tengo necesidad de remontarme es la ingerencia en España del modernismo hispanoamericano.

Hasta fines del siglo XIX, época en que Rubén Darío realiza su estrepitosa visita a Madrid, los vectores culturales entre España y sus colonias y ex-colonias parecían no poder trazarse más que desde la península hacia América. Pero, de repente, fueron trazados en sentido opuesto. Por primera vez la vieja metrópoli recibió del mundo conquistado y colonizado por ella una riqueza distinta: ni plata del Potosí, ni oro de México, ni esmeraldas de la Gran Colombia, ni tabaco y azúcar de la Perla de las Antillas, sino su propia lengua renovada, revitalizada, sonora de una nueva sensualidad, convertida en vehículo lujoso de una forma inédita de rebelión que involucraba el estilo, la métrica, la fantasía, y todo con un fondo de censura desdeñosa —no advertida entonces ni después por muchos— al chato fin de siglo, pródigo en frustraciones tanto para España cuanto para la América que aquella acababa de perder totalmente. La insólita riqueza no llegaba, claro está, en las mugrientas bodegas de carracas y galeones, sino en la escritura de un descendiente de indio chorotega, de un inesperado juglar centroamericano, heredero de los rescoldos de civilizaciones dispersas pero no extintas, a una España gravemente herida, no tanto por el atlético poderío de Estados Unidos y la secular «infidencia» de los criollos como por sus propios anacronismos, por su tozuda vejez. No influyó Darío en España con su supuesta «inclinación nativa a la pompa hueca y a la

ornamentación inútil» —palabras estas escritas por Luis Cernuda y no por el gobernador Diego Velázquez—, sino con el desafío que entrañaba su fabulación poética. ¿Cómo, si no, hubiese podido impresionar a los maestros del 98?

El injerto modernista en la literatura española estableció una relación inusitada entre Hispanoamérica y España. Inusitada no sólo porque constituía un cambio radical en el rumbo de las influencias en materia de expresión literaria, sino también porque contribuía, en los planos del lenguaje y la poética, nada menos que al proceso de crítica nacional que adelantaban los hombres del 98. En el campo literario, el modernismo contribuyó a despejar la atmósfera enrarecida por los vahos del peor romanticismo, de ese que, pese a Bécquer y Rosalía de Castro, continuaba retardando la incorporación de España al tiempo literario europeo.

No obstante, el rechazo que a la «cosmética» y al «gay trinar» modernistas hicieron figuras esenciales del 98, como Miguel de Unamuno y Pío Baroja, sospecho que el aire de universalidad del modernismo y su intrínseca tendencia a la apertura ayudaron en medida no despreciable a que la devoción castellanista que practicaron los angustiados hombres del 98, yendo al reencuentro con lo esencial inagotable de la nación, no deviniera otra manía de encierro, continuadora de los tradicionalismos alimentados por las falencias españolas que ellos enfrentaban. Hispanoamérica, encarnada en el trovero sin fronteras que fue el nicaragüense Darío, de alguna manera cooperó con lo más grave y despierto de la intelectualidad española finisecular en la tarea de abrirle las recias puertas de la península a la modernidad.

Una influencia es, se consuma, si hay un receptor sintonizado en su frecuencia, de lo contrario queda como campanada entre sordos. El modernismo tuvo en España la acogida que sabemos porque su índole transgresora de fórmulas caducas y reaccionarias —que otra cosa no eran el romanticismo de la retórica y el flato y su soporte ideológico— halló aquí una voluntad correspondiente, también transgresora de normas fatigadas, revisora crítica de un presente que no era sino un pertinaz pretérito esclerótico. Para más, halló asimismo, en lo específicamente relacionado con la forma de escribir los versos y sentir la poesía, precursores netos. Tal es el conocidísimo caso de Salvador Rueda.

El desmoronamiento colonial de 1898 marcó en este país el fin de una era y el nacimiento de otra en que evolucionará sin tregua, en importantes sectores de la inteligencia, una voluntad de cambio y recuperación. Ni las preocupaciones ideológicas y sociales de la generación del 98 ni el modernismo como ganancia expresiva metabolizada por ésta fueron episodios efímeros, sino manifestaciones sustanciales de esa voluntad. De ahí que, no

obstante las diferencias entre los hombres del 98 y los del 27, sintamos entre unos y otros el engarce de un eslabón subterráneo.

Y es en la lírica de Juan Ramón Jiménez, el más germinativo de los modernistas españoles, el poeta del 98 que, de no haber existido el modernismo, quizá lo habría inventado, donde se me hace más visible ese eslabón. Con el magisterio que durante años ejerció el poeta de *Eternidades* y *Sonetos espirituales* sobre los del 27 pasó a estos, por decirlo así, no la retórica ni el decorado del modernismo —ya depurados por el propio Juan Ramón—, sino la apetencia de una poesía nueva —que es apetencia de nuevas realidades— y el impulso para buscar el camino, o los caminos, hacia ella. Pedro Salinas, quizás el mejor estudioso español de Darío, subrayó, en 1938, que «si bien no ha habido ningún gran poeta modernista en España, en casi todos los poetas españoles de hoy se siente el provecho de aquella gran conmoción de conceptos y de técnica poéticos». En el caso concreto de Alberti, Salinas notó «un refinamiento y depuración de la escuela modernista».

Por lo expuesto, me siento tentado a tomar, como primer síntoma del vínculo de la generación del 27 con Hispanoamérica, el gesto del poeta adolescente Dámaso Alonso en Navas del Marqués, un día de 1917, al obsequiar a un reciente amigo suyo, el también adolescente Vicente Aleixandre, con una antología de versos de Rubén Darío. Ese gesto, para mí lleno de significados inaugurales, anudó una relación que fecundaría la vida de ambos amigos y la de nuestra expresión poética contemporánea. ¿Fue el azar —me pregunto y les pregunto a ustedes— lo que determinó que los versos del nicaragüense sirvieran para sellar una amistad en la poesía entre dos incipientes líricos españoles en los umbrales del siglo?

A diferencia de la generación del 98, que, en su afán de rescatar del marasmo de su época los valores de la identidad nacional, se orientó hacia Castilla e hizo de esta región medular de España el objeto de un culto, la del 27 fue una generación que se proyectó de España al mundo, procurando ser contemporánea de su entorno europeo al tiempo que se afincaba en los tesoros de genio e ingenio acaudalados por la cultura española a través de los siglos. Fue la del 98 una generación de actividad fundamentalmente centripeta, en tanto que la actividad de la del 27 fue, de hecho, centrifuga.

La misión que asumieron los intelectuales del 27 —airear la cultura española abriéndole vías más anchas y actuales a su expresión— favoreció el reencuentro espiritual de España con Hispanoamérica. Reencuentro gozoso, genésico, de recíprocas ganancias, que tuvo inauguración espectacular en el viaje de Federico García Lorca a Cuba, y que se intensificaría, entre la esperanza y la tragedia, con la guerra civil.

Un día de 1930, procedente de las trepidaciones vanguardistas de Nueva York, García Lorca arriba a La Habana, y a la vista de la primera ciudad

de la «América con raíces, la América española» que se asoma a sus ojos —«...el amarillo de Cádiz con un grado más, el rosa de Sevilla tirando a carmín y el verde de Granada con una leve fosforescencia de pez»—, se pregunta perplejo: «¿Pero qué es esto? ¿Otra vez España? ¿Otra vez la Andalucía mundial?». Bajo los efectos del deslumbramiento que le propina el trópico, penetra en un espacio de agresivos reclamos sensuales —«palma y canela», «cañaverales y ruidos de maracas, cornetas divinas y marimbos»— que lo embriagan y en los que, no obstante la novedad que constituyen para él, encuentra, como anotó, «ritmos que yo descubro típicos del gran pueblo andaluz». Zarandeado por el flujo y reflujo de los misterios de ida y vuelta, el granadino asume la cadencia antillana, resuelta, destilada en el son, que entonces comenzaba a imponer su ley sonora en el verso culto de la isla, y que en este alcanzaría su más cumplida expresión a manos de Nicolás Guillén. El gran poeta mulato mostrará más tarde, como la otra cara de la moneda —la vuelta de la marea—, la impronta del *Romancero gitano* y *Poeta en Nueva York* en su sinfónica *Elegía a Jesús Menéndez*.

Juan Marinello, uno de los principales anfitriones cubanos del poeta granadino, propuso hace tiempo «meditar largamente sobre la contribución y el aporte de la experiencia americana en la obra de Federico García Lorca». El resultado inmediato, y acaso también el más elocuente, del influjo hispanoamericano en Lorca es el bien conocido *Son de negros* («Cuando llegue la luna llena iré a Santiago de Cuba, / iré a Santiago / en un coche de agua negra...»). Lorca escribió este poema en La Habana y lo dedicó al polígrafo don Fernando Ortiz, entonces presidente de la Institución Hispano-Cubana de Cultura, donde el poeta pronunció las conferencias *Teoría y juego del duende*, *Soto de Rojas*, *Lo que canta una ciudad de noviembre a noviembre* y *Las nanas infantiles*.

Mención especial merecen las relaciones de García Lorca con los hermanos habaneros Carlos Manuel, Enrique, Flor y Dulce María Loynaz, todos excelentes poetas, hijos del general del ejército libertador Enrique Loynaz del Castillo, que fuera jefe de la escolta de Antonio Maceo. A Carlos Manuel regaló el manuscrito de *El Público*, que éste, en una crisis de locura, años después arrojó al fuego con su propia obra poética y musical. A Flor le dio el manuscrito de *Yerma*, que aún existe. Lorca apreció mucho la poesía de los Loynaz.

Cedo a la tentación de contarles cómo se conocieron Lorca y Enrique Loynaz, aunque lamento no tener a mano el texto en que Dulce María —actual directora de la Academia Cubana de la Lengua— lo cuenta insuperablemente.

Enrique, hombre ensimismado y apartadizo, ejercía en aquella época la profesión de abogado. Cierta mañana recibió una llamada telefónica de un cliente suyo, un empresario llamado Saturnino Pestonit, con quien no ha-